

Raras veces los soldados ni los ejércitos se empeoran con el trabajo.

Es el camino real para llegar á la sedición comenzar á perder respeto á sus mayores, consistiendo toda la fuerza militar en la obediencia. COLOMA.

Piensan algunos poco sabiamente que está en la multitud de los soldados de las armas el uso preeminente y los hechos en ella señalados, midiendo por el número de gente el valor de los campos afrontados. Temerario juzgar, falsa medida, de la experiencia misma convencida...

El sitio, la ocasión y la destreza, el orden, el ardid que se adelanta, y aquel orgullo ufano y altiveza que á no temer los ánimos levanta, engendra confusión, causa tristeza, ofende, desanima, turba, espanta al número contrario que pelea desnudo de esto, por mayor que sea.

RUFO.

La milicia, que es la corte donde son los procederes el mayor caudal del hombre, pues al de mejor progenie, sin mirarle á cómo nace, se mira á cómo procede...

CALDERÓN.

Ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra experiencia en las propias y se pierde miedo á las ajenas. VILLEGAS.

El buen soldado ha de morir con las armas en la mano, y el buen literato con la pluma entre los dedos. JOVELLANOS.

El que es marido y soldado, no es soldado ó no es marido.

Al soldado no le toca más que hacer lo que le mandan.

CALDERÓN.

No ha de juntar los ejércitos la aritmética, sino el juicio.

Una cosa es en los soldados obedecer órdenes, otra seguir el ejemplo. Los unos tienen por paga el sueldo, los otros la gloria.

Quien pesa y no cuenta ejércitos y votos, más seguramente determina, y más felizmente pelea.

Llevar muchos soldados y malos, ó pocos y buenos, es tener el caudal en oro

Ninguna buena suerte habrá segura habiendo en la milicia negligencia, pues, como dicen bien, la diligencia es madre de la próspera ventura, y aquel saber gozar la coyuntura es el sutil primor de la prudencia; mas esos que le saben son contados y sólo con el dedo señalados.

¡Con cuántas cosas sale fácilmente el capitán solícito y mañoso, con que salir no puede el poderoso en siendo descuidado y negligente! Más vale mucho el flaco y diligente de lo que vale el fuerte y perezoso, que al fin, como el vulgar proverbio suena, no hizo la pereza cosa buena.

OÑA.

ó abreviado en el valor, ó padecerle, carga multiplicada en número y peso bajo. Los bultos ocupan y la virtud obra.

En los ejércitos del guarismo halla el suceso muchos yerros en las sumas, échale fuera muchas partidas. QUEVEDO.

Para todo sirven las bayonetas menos para sentarse en ellas. Cuando apoyan un orden de cosas sostenido por la opinión, é impiden los atentados de la minoría contra la mayoría, resultan fortísimas; pero frágiles cuando á la voluntad general se oponen y combaten impalpables é incoercibles ideas, á cuyo misterioso poder se doblan y se rompen, como las cañas al poder del viento.

CASTELAR.

Por justa y natural ley es preciso, es evidente que sea el soldado valiente á la vista de su rey, por dos razones: la una por parte del rey, porque, como él mismo sabe y ve los trances de la fortuna,

los estima y agradece: la otra, del soldado, pues al mirar que su rey es el primero que padece riesgo é incomodidad, hielo, sol, hambre y fatiga, de ver iguales se obliga la pena y la majestad.

CALDERÓN.

El que está destinado al altar no debe presentarse en la guerra: el que adquiere gloria en la guerra sería un profanador en venir al altar.

FRAY FRANCISCO ALVARADO.

Si mis soldados pensasen, ya no habría ninguno en las filas.

FEDERICO II DE PRUSIA.

El deber del soldado consiste en marchar cuando se le dice marcha, en pegar cuando se le dice pega, en matar cuando se le dice mata, sin preocuparse de saber adónde va, á quién pega, á quién mata. FAURE.

No se puede ser buen soldado si no se es hombre de corazón, hombre de deber. E. BOUTROUX.

## GUERRA

Las guerras largas se terminan siempre con la destrucción é infelicidad de ambos partidos. JENOFONTE.

Un pueblo que quiere ser feliz no ha menester las conquistas.

La guerra y la paz, nombres tan respetables, son para los políticos dos especies de moneda de que usan según sus intereses, y pocas veces conforme á la justicia. Más laudables son todavía los políticos cuando hacen una guerra abierta, que no cuando disfrazan y encubren con los nombres santos de justicia, de amis-

tad y de paz lo que en realidad no es más que una tregua de injusticias y de crímenes.  
PLUTARCO.

Es una bestia eroz, y no un hombre, el que se figura que la guerra no tiene sus reglas y medidas como la paz.

La guerra que es necesaria se puede llamar justa. TITO LIVIO.

En tiempo de guerra despierta la avaricia, la justicia es hollada, reinan la fuerza y la violencia, la disolución toma un libre vuelo; el poder pasa, si reina la anarquía, á manos de los más perversos de los hombres; los buenos se ven oprimidos, la inocencia arruinada, ultrajadas las matronas y las vírgenes, las comarcas destruidas, los templos asolados, violados los sepulcros... En fin, el hambre y la peste acompañan siempre á la guerra. TUCÍDIDES.

Más vale un prudente en la guerra, que muchos atrevidos: aquél vencedor siempre, éstos vencidos. Que rara vez clemencia generosa el monstruo del furor civil domeña, y aun más los viles pechos escandece. J. J. OLMEDO.

FRAY GABRIEL TÉLLEZ.

Fácilmente se comienza la guerra, y con dificultad se acaba. En la batalla, más peligro corre el que más teme. SALUSTIO.

Castigamos los homicidios y asesinatos particulares; pero la guerra, pero el asesinato de un pueblo se considera glorioso... Los senadoconsultos, los plebiscitos decretan el crimen y ordenan á la nación lo que se niega á los individuos. El homicidio cometido particularmente es castigado con la muerte; cuando se comete vestido con el paludamento, es digno de elogio. El hombre, el más dulce de los animales, no se avergüenza de complacerse vertiendo la sangre del hombre, y las guerras vienen á ser las herencias que transmiten á sus hijos. SENECA.

¡Oh estímulo de guerras furibundo,  
despertador de raudes y malicia!

RUFO.

Si ha de hacerse la guerra, hágase únicamente con la mira de obtener la paz. CICERÓN.

La guerra civil da á los soldados más licencia que á los jetes. TÁCITO.

La guerra es un atentado contra el género humano. PLINIO.

Es sólo de la suerte, ó por mejor decir, de la voluntad divina, librarse ó no de los peligros en la guerra, que perdonan muchas veces á los valientes que andan en medio de ellos, y alcanzan al cobarde que con mayor recato y arte los huye; y así, tiene tanta parte de inconsideración la cobardía en la guerra, como de falta de ánimo.

Con brevedad malogra en la guerra la reputación adquirida en muchos años

una sola hora de descuido ó desdicha, que así se habrían de llamar los defectos de quien suele acertar. COLOMA.

A veces, por parecer de los más cobardes se emprende la guerra, que se prosigue después con el esfuerzo y riesgo de los esforzados. PADRE MARIANA.

Es muy difícil el justificar las causas de una guerra: muchas son justas en la relación, pocas en el hecho; y la que raras veces es justificada con verdad, es más raro limpiarse de circunstancias que la distamen. QUEVEDO.

Monstruo que de humana sangre  
hidrópico se alimenta.

CALDERÓN.

La guerra permite ardides  
y el amor perdona engaños.

RUIZ DE ALARCÓN.

Muchas veces se levantan las armas con pretexto de la mayor gloria de Dios, y causan su mayor deservicio; otras por la religión, y la ofenden; otras por el público sosiego, y le perturban; otras por la libertad de los pueblos, y los oprimen; otras por protección, y los tiranizan; otras para conservar el propio estado, y son para ocupar el ajeno. ¡Oh hombres! ¡Oh pueblos! ¡Oh repúblicas! ¡Oh reinos! Pendiente vuestro reposo y felicidad de la ambición y capricho de pocos.

Tan odiosa es la guerra á Dios, que, con ser David tan justo, no quiso que le edificase el templo, porque había derramado mucha sangre.

SAAVEDRA FAJARDO.

¡Qué gusto tendría yo en que las personas de doctrina y autoridad clamasen á todas horas contra este maldito furor de la guerra, causa de tantos males y desórdenes, y estorbo de tantos bienes!

JOVELLANOS.

Hijo de la guerra soy:  
¡ved vos si tendré nobleza,  
siendo la madre que más  
ilustres hijos engendra!

CALDERÓN.

La guerra es el último y más duro de los remedios; y á lo que yo entiendo es muy frecuente echar mano del remedio último cuando todavía restan otros, y aplicar todo el estrago de ella á injurias que ó no lo son, ó si lo son no debían borrarse con sangre.

FRAY FRANCISCO ALVARADO.

Aquellos sí eran tiempos en los que, para entrar en batalla, se necesitaba tener gran corazón. Los combates terminaban cuerpo á cuerpo, y el vigor, la destreza y lo levantado del ánimo decidían del éxito. Las armas de fuego distaban tres siglos del fusil de aguja y eran más bien un estorbo para el soldado, que no podía utilizar el mosquete ó arcabuz si no iba provisto de eslabón, pedernal y yesca para encender la mecha. La artillería estaba en la edad del babador; pues los pedreros ó falconetes, si para algo servían era para meter ruido como los petardos. Propiamente hablando, la pólvora se gastaba en salvas; pues no conocién-

dose aún escala de punterías, las balas iban por donde el diablo las guiaba. Hoy es una delicia ver en el campo de batalla, así el mandria como el audaz, con la limpieza con que se resuelve una ecuación de tercer grado. Muere el prójimo matemáticamente, en toda regla, sin error de suma ó pluma; y ello, al fin, debe ser un consuelo que se lleva el alma al otro barrio. Decididamente, hogaño una bala de cañón es una bala científica, que nace educada y sabiendo á punto fijo dónde va á parar. Esto es progreso, y lo demás es chiribitas y agua de borrajas.

R. PALMA.

En el marcial estruendo  
más que un ejército hiriendo  
vence un héroe perdonando.

CALDERÓN.

La guerra no es más que un medio; el fin es la paz. A. PARKER.

Con razonamientos no se ganan las batallas. MARISCAL CANROBERT.

La guerra no es una escuela de vicios, como la paz no es una escuela de virtudes; una y otra no son sino lo que son el pueblo y sus jefes.

Para el pueblo hay guerras de pasiones y de ideas; para el hombre de Estado no hay más que guerras de intereses. G. M. VALTOUR.

Esta es voluntad de Alá,  
porque á su piadoso pecho  
la bárbara guerra ofende  
y el homicidio sangriento;  
que como el hombre es criatura  
en que echó su amor el resto,  
le enoja que ellos deshagan  
sus más amados efectos.

RUIZ DE ALARCÓN.

Anatema á las victorias no alcanzadas en defensa de la patria y que sólo sirven para envanecer al conquistador. CHATEAUBRIAND.

En una nación llegada á un alto grado de civilización ó de bondad moral, la guerra, para ser honrosa, ha de ser defensiva. BONALD.

La guerra es una púrpura bajo la que se oculta el homicidio.

La sangre es una especie de vino horrible: la matanza embriaga.

La máscara de bronce de la guerra civil tiene dos perfiles, uno que mira al pasado, otro que mira al porvenir, pero ambos igualmente trágicos.

La guerra extranjera es una excoriación en el codo; la guerra civil es el absceso que nos devora el hígado. VÍCTOR HUGO.

La guerra no puede hacerse sin una autoridad soberana, pues siendo necesari-

rio que mueran los hombres, supone un derecho de vida y muerte. Este derecho, en un Estado monárquico, pertenece sólo al rey y á los que gobiernan bajo su autoridad, y por consiguiente, los que se rebelan contra él cometen tantos homicidios como hombres hacen perecer en la guerra civil, puesto que hacen morir sin poder y contra la orden de Dios. En vano pretenderán justificar su conducta con los desórdenes y abusos y el aparente deseo de remediar males. Nada da derecho para sacar la espada, y esto no puede hacerse sino por la voluntad del que la lleva por orden de Dios.

NICOLE.

Una derrota no es un crimen cuando se ha hecho todo lo posible para alcanzar la victoria. CARNOT.

¡Oh, mal haya, señora, el fiero monstruo  
de la guerra, baldón de los humanos!  
¡Execrable inventor, que á los hermanos  
enseñaste á matar! ¡Acción horrible!  
Qué, ¿así la virtud reina? Qué, ¿es posible  
que no halló otro algún medio la malicia  
de inquirir la verdad y la justicia?

N. F. MORATÍN.

De los tres azotes terribles con que la divina justicia visita las naciones que por sus muchos pecados incurren en su desagrado, escogió David, á quien se lo propuso el Juez Supremo, la furiosa peste, teniendo más confianza en la misericordia de Dios que en la fuerza de las armas. ¡Cuán pocos imitadores suyos habría en nuestros tiempos! Más escogerían la guerra por capricho, ambición, venganza y sin reflexionar todos los trabajos que trae necesariamente consigo. Yo la tengo por la madrastra de todos ellos, el último recurso de la ambición, la vendimia del diablo, el trono de la crueldad, el sepulcro de la misericordia, libro de impiedad, diccionario de blasfemias, dama de Baco, galán de Venus, escuela de ladrones y academia de tiranos. Sólo respira espanto, desea ruinas, se lava con sangre humana y se calienta en los incendios de los pueblos; se ríe de las desgracias y se entretiene en contar y hacinar cadáveres. Sus órdenes se escriben á cañonazos en las murallas de las plazas, desprecia los templos y destroza los altares. Además de eso, la guerra es ordinariamente madre del hambre; ésta, de la peste; y razón tenía David en tomar un azote, sin que le alcanzase en los otros dos.

OXENSTIERN.

La guerra es un gran esfuerzo de todos hacia la paz. MONTESQUIEU.

Las guerras deben ser justas; más todavía, deben ser necesarias para el bien público. La sangre del pueblo no debe derramarse sino para salvarle en las necesidades extremas. FENELÓN.

Quien no sabe qué es guerra, vaya á ella.

Cien años de guerra, y no un día de batalla.

Caza, guerra y amores, por un placer mil dolores.—*Refranes.*

## TIRANÍA.—DESPOTISMO

Sólo deseo un castigo para los crueles tiranos cuando la pasión altera sus almas y vierte en ellas su abrasador veneno: que contemplen la virtud y que los consuma el sentimiento de haberla abandonado. PERSIO.

No es otra cosa la tiranía sino un desconocimiento de la ley, atribuyéndose á sí los príncipes su autoridad. SAAVEDRA FAJARDO.

La fuerza á la palabra, á la razón los hechos,  
oponen los tiranos al crimen avezados.

J. ARBOLEDA.

Ser tirano no es ser, sino dejar de ser, y hacer que dejen de ser todos. Maña es perniciosa del veneno de los tiranos hacer juntas de personas de autoridad para disimular su fiereza. QUEVEDO.

Destruir la tiranía y librar á los oprimidos es cosa muy honrosa: es así, si justamente y por el mismo camino no se quebrantasen las leyes de la piedad y agradecimiento y de toda humanidad. PADRE MARIANA.

No es dado á los tiranos eterno hacer su tenebroso imperio. El rayo y el tirano hermanos son. ¡La tempestad los crea! E. LUCA. NÚÑEZ DE ARCE.

La tiranía de los déspotas se eniurece al oír la voz de la verdad, engaitados con las nauseabundas lisonjas y adoraciones de hombres infames, que en la adulación hallan su medro. A. FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

La superstición transforma al hombre en bestia; el fanatismo en bestia fiera, y el despotismo en bestia de carga. LA HARPE.

El despotismo sólo impera  
sobre pueblos cobardes ó estragados. ECHEVERRÍA.

Quando los reyes se acostumbran á no reconocer más leyes que su absoluta voluntad y no tratan de poner freno á sus pasiones, ellos lo pueden todo; mas á fuerza de poderlo arruinan el fundamento de su poder. No tienen máximas ni reglas ciertas de gobierno; cada ciudadano en particular los adula á competencia, y en este caso ya no tienen pueblos: sólo tienen esclavos, cuyo número se disminuye cada día. ¿Quién les dirá la verdad? ¿Quién pondrá diques al torrente? Todo cede: los hombres prudentes é instruidos huyen, se ocultan y gimen. Sólo una resolución violenta y repentina puede reducir á su curso natural este poder que ha salido de madre; mas por lo común el golpe mismo que le podría moderar es

el que le abate hasta el extremo de no poder volver á levantarse. Nada amenaza tanto una funesta caída como una autoridad llevada al exceso. Parécese á un arco demasiado tirante, que se rompe de un golpe si no se afloja. FENELÓN.

La suerte de los tiranos es temer á todos aquellos á quienes hacen temblar. SEGUR.

Quando la tiranía se derrumbe, procuremos no darle tiempo para que se levante. ROBESPIERRE.

Los dos efectos más seguros de toda violencia son el motín y el odio. FLOURENS.

## REVOLUCIÓN

Los desórdenes del pueblo, ó son naturales y justos cuando el gobierno no los puede contener, ó son culpa del gobierno cuando puede y no sabe, ó no quiere. Argumento sin contestación. LARRA.

Los extravíos de la revolución tardan poco en desacreditarla; y los mismos que rompieron sus diques son los que, cediendo á bajas pasiones, se encargan de su exterminio. CAÑETE.

La revolución no es valiente sino cuando la autoridad tiene miedo. NOCEDAL.

Llega un momento supremo y nuestra naturaleza cansada necesita del sueño; llega otro momento supremo, y cansadas las sociedades necesitan del reposo y se entregan á las reacciones. No diré yo que formen parte integrante de las revoluciones como las sombras del cuadro, como la antítesis de la tesis, como el sueño y la muerte de la vida, como la repulsión de las fuerzas cósmicas, como la reacción de las operaciones químicas; pero sí diré que no conozco revolución alguna la cual no haya sido acompañada de aquello que la constituye esencialmente, de una suspensión, de un retroceso, de una serie de retrogradaciones llamadas en la lengua política reacción. Quizá son necesarios estos descansos ó estos retrocesos para la solución final que entrañan todas las revoluciones.

El mar está dormido, ni un rizo en su tranquila superficie, ni una espuma en los rizos, ni una ondulación siquiera; mas las olas se encrespan, los abismos se abren, las aguas hierven, porque de los cielos ha soplado el viento que necesita para agitarse y no corromperse el océano. Y lo mismo sucede con las sociedades. Todo está tranquilo. Acostúmbranse los hombres á sufrir las instituciones á las cuales han nacido sujetos. Los hábitos de la servidumbre se confunden de tal manera con la misma vida, que no podrían faltar sin que los echaran de menos los siervos. Mas de pronto, en la ergástula obscura, en la conciencia dormida, misteriosamente, á la callada, se desliza, como un céfiro que llevara extraños gases, la idea impalpable, la idea etérea que despierta la conciencia, que enciende las pa-

siones, que eleva los ánimos; y la sociedad entra decididamente en las revoluciones, cuyo empuje aparece tan avasallador como el mismo empuje de la tormenta; y al cabo, si agita y remueve, también renueva y purifica la vida. CASTELAR.

No es el desorden el camino de la libertad, ni se templan los caracteres en el yunque de la anarquía que todo lo degrada, las almas y los cuerpos.

NÚÑEZ DE ARCE.

Las revoluciones empiezan por la palabra y acaban por la espada.

MARAT.

No hay ninguna reforma religiosa, política ó social que nuestros ascendientes no se hayan visto obligados á conquistar, de siglo en siglo, al precio de su sangre, por la insurrección.

SUÉ.

Los que han hecho revoluciones no pueden sufrir que otros las hagan después de ellos.

FRANCE.

Imputar la revolución á los hombres es imputar la marea á las olas.

Las revoluciones nada crean, son explosiones del calórico latente, y nada más.

Una revolución es la larva de una civilización.

VÍCTOR HUGO.

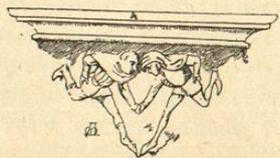
Cuando un pueblo se rebela, no se comprende de qué modo podrá volver á la calma; y cuando está tranquilo, no se comprende cómo pueda salir de su calma habitual.

LA BRUYÈRE.

Los abusos deben ser corregidos por los que de ellos se aprovechan: las reformas vienen de arriba; las revoluciones, de abajo.

G. M. VALTOUR.

La desesperación de los pueblos cuando son maltratados por el gobierno; la dureza y el orgullo de los reyes; la molición que los hace incapaces de velar sobre los miembros del Estado para precaver las turbulencias, la ambición é inquietud de los grandes, cuando se les da demasiada licencia y se permite á sus pasiones una libertad ilimitada; la multitud de grandes y pequeños que viven en la molición, en la ociosidad y en el lujo; la muchedumbre de hombres que, por estar dedicados á la milicia, abandonan todas las ocupaciones útiles en tiempo de paz: he aquí lo que causa las revoluciones; no el pan que se deja comer pacíficamente al labrador y al artesano, que lo han ganado con el sudor de su rostro. FENELÓN.



## CAPÍTULO IV

### RELIGIÓN

RELIGIÓN.—IGLESIA.—FE.—RELIGIOSIDAD.—VIRTUD.—PECADO.  
REMORDIMIENTO, CONFESIÓN, ARREPENTIMIENTO

### RELIGIÓN

La religión guarda y justifica el corazón, y da gozo y alegría al alma.

*Eclesiástico.*

Los santos emplean la religión y el temor de los espíritus para persuadir á los pueblos la observancia de las leyes.

*Y-King*

El que desecha la religión, quita los fundamentos de la sociedad humana.

PLATÓN.

Ó el mundo ha sido convertido por los milagros obrados en favor de la religión cristiana y esta religión es divina, ó el mundo ha sido convertido sin milagros, y en este caso el establecimiento de esa religión es, él solo, el mayor de los milagros.

SAN AGUSTÍN.